

# Tripas

Praxedis Balboa

*Médico interno de pregrado IMSS*

**M**'ijo, tenías las orejas grandes y las manos callosas. Eras un muchacho alto con la energía de un toro macizo, y apenas ibas a cumplir catorce años. El más chico de los cuatro y el que más chinga se arrimaba cuando había que sembrar el temporal. De los más grandes del rancho. Problemático para terminar la secundaria. La dejaste para seguirme los pasos. Hay quien nace para llenarse de tierra y yunta. Tu madre tenía otros planes para ti, fuera del rancho, de la friega, pero fue necesario. Tus hermanos se fugaron correteando los billetes verdes, dejando las pacas de alfalfa y rastrojo, por un sueño del que sabrá Dios si ya despertaron, y si no, tal vez te los encuentres.

Algo se me atora cada vez que entro a verte, siempre a medio día, a la hora de las visitas, ahí me tienes parado afuera, poniéndome el disfraz, lavando las grietas de mis manos. Porque ahí no debe entrar uno mugroso. Tu madre también quisiera verte, pero no lo soporta, prefiere pensar que estás dormido. Le he explicado que lo estás o que eso parece. Que estás profundamente dormido, soñando.

Me lavo las manos y me acerco a ti, no puedo tocarte, no sé si está permitido. Trato de no moverme, de no respirar fuerte. No sé si pueda hablarte. Me muero de ganas de hacerlo, ignorar tantas máquinas y hablarte. Ayer soñé que despertabas, que alzaba la voz sólo para escucharme entre tanto alboroto de máquinas y tubos, y gritaba: “¡Méndigo orejón!”, y pelabas los dientes, como cuando montabas a la Paloma. Quién sabe qué le pasó aquel día y aquí nos tienes.

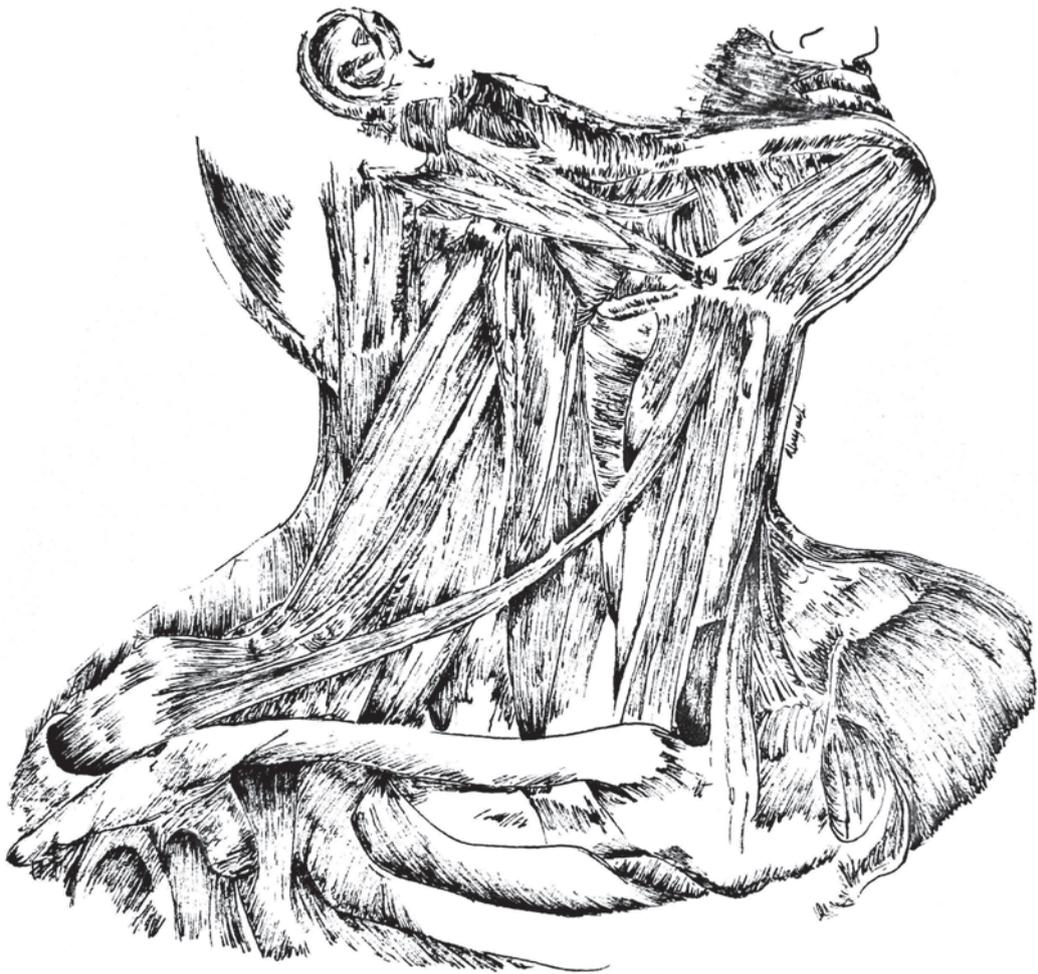
En el rancho rezamos todas las noches un rosario y en el templo te hemos ofrecido todas las misas de seis sin falta. Tu madre quiere irse caminando hasta San Juan como cuando tu hermano de en medio nació de siete meses y lo dábamos por muerto. Ahora él está en el norte,

buscando mejor suerte. Si lo ves pasar entre sueños, dile que lo extrañamos. Tu madre aún no lo sabe, pero a mí ya me cayó el veinte, te estás apagando. Justo ayer noté cómo se marchitaban tus pestañas. Se han ido despegando una a una, como si estuvieran contando tus días, y tus ojos siempre cuajados mirando al techo, sin parpadear.

El otro día me sacaron de la sala para platicar conmigo, lejos de tu cama. Después de todo sí puedes escucharnos. Me han mostrado tus estudios y no sé cuánto más. No entendía nada hasta que uno de ellos me enseñó un papel a rayas que dibuja tu sueño, en lo más profundo de tu cabeza, entre esas orejotas, un papel que dice que estás soñando para nunca despertar, entonces entendí que no vas a regresar. Me pidieron disculpas mientras me acercaban los papeles, me dijeron que estábamos a tiempo, que podías ayudar a diez personas o más y ¿cómo no?, si eres un pelado correoso y bien comido. Me explicaron las posibilidades, me dijeron que tus órganos están en buenas condiciones, que por tu edad podían utilizar hasta tus ojos, que ya había una persona en Guadalajara lista para recibir uno de tus riñones y que el otro no tardarían en acomodarlo, que sólo faltaría la firma de nosotros. Sentí agruras y la saliva espesa, difícil de pasar. ¿Qué diría tu madre? ¿Qué diría la gente, tus amigos, si yo permitiera que sacaran provecho de esa manera?

“¡Ni madres!, mi hijo me lo dan entero y así entero me lo llevo al rancho para sepultarlo completito”, pensé sin darles respuesta y aguantándome unas lágrimas que llevaba guardadas desde hace varios días, se me juntaron en los párpados para no dejarme ver. Ahí estaban los papeles sobre el escritorio y los de las batas blancas no dejaban de insistir. Mientras tú te hinchabas poco a poco en la cama, tus tripas se llenaban de agua, éstos ya te tenían repartido, que dizque para ayudar a otros que a diferencia de ti podían salvarse, porque tú ya no tenías remedio.

Pero tienen razón, tú necesitas viajar ligero, aun cuando en los sueños uno pesa lo que una pluma, es necesario que no cargues nada. Si quieres alcanzar a tus hermanos, tienes que andar rápido y lo harás mejor sin todas esas tripas hinchadas. Si los encuentras, diles que tu madre los extraña, que todas las noches tiene prendido el cirio y que nomás está esperando verlos cruzar la puerta para preparar un desayuno de frijoles y huevo con chile y unas rebanadas de queso fresco con muchas tortillas, como antes de que se fueran a soñar... Corre y alcanza a tus hermanos, diles que estamos bien, diles que tú también estás soñando y que viajas ligero para ya no despertar.



*Asfixia*, Sarahi Abigail Villalobos Pérez.